

EL CONOCIMIENTO DE HISPANIA DURANTE SU CONQUISTA (218 A. C.-19 A. C.): MITOS Y GEOGRAFÍA

Manuel Antonio Sebastián Edo
Universitat de València

1. Introducción

El año 218 a. C. supone una frontera cronológica primordial para lo que posteriormente se conocerá como «Hispania romana», pues marca el inicio temporal a partir del cual poder hablar de dicho término. Por esta razón, además, se ha escogido como punto de partida. Sin embargo, como veremos, el término «Hispania romana» no se aplica a toda Hispania de una forma homogénea después de esta fecha, sino que según transcurran los siglos II y I a. C. esta terminología abarcará más territorios a los que poder incluir dentro de la Hispania controlada por Roma.

Ahora bien, hemos fijado el punto de inicio de nuestro estudio, pero, ¿qué hay del de conclusión? Es importante en qué momento fijar la finalización de la conquista de Hispania, que tradicionalmente se ha fechado en el 19 a. C., con la definitiva pacificación de toda la Península Ibérica, al menos a los ojos de Roma. Es por ello por lo que consideramos al año 19 a. C. como el hito temporal idóneo con el que delimitar nuestro trabajo por el final. De esta manera podremos tratar lo dicho por autores clásicos sobre todos los territorios hispanos.

Mitos y geografía son dos rasgos básicos para poder definir a cualquier sociedad de la Antigüedad, y a menudo las obras que nos han llegado de esta época tienden a tratarlos en el mismo escrito, ya sea porque la temática principal de la narración abarca cualquiera de estos tres rasgos, o ya sea a través de un excursus

que hace el escritor en cuestión y en el que abandona el hilo principal para dar unas pinceladas sobre alguno de estos apartados. Esto mismo es lo que hace que sea difícil clasificar, en muchas ocasiones, a los escritores que profundizaron en la descripción de Hispania dentro de una única rama de conocimiento. Con ello me refiero a que a un mismo autor lo podemos clasificar en la categoría de geógrafo, historiador, o incluso de mitógrafo.

2. Etapas de conocimiento

Roma, antes de enviar tropas de manera masiva a la Península Ibérica tras el desembarco de Cneo Cornelio Escipión en Ampurias, en el 218 a. C., y haber establecido una franja costera desde el territorio de los lacetanos hasta la desembocadura del Ebro, como documenta Tito Livio¹, no es que ignorara totalmente los tipos de gentes que habitaban en la lejana Iberia, pero algunas de ellas sí le eran totalmente desconocidas, por lo que como punto de partida cronológico a esta toma de contacto entre las tribus hispanas y Roma podemos fijar el hito de Cneo Cornelio Escipión, que abrió las puertas de Iberia a los romanos desde Ampurias. Sin embargo, como veremos más adelante, el contacto entre estos pueblos y Roma fue un proceso heterogéneo y nada regular, marcado por las fases de conquista de la Península Ibérica tras la expulsión del púnico de estos territorios.

Antes de sumergirnos en el avance romano por Hispania y sus relaciones con las tribus íberas, celtíberas y celtas, debemos conocer de dónde proceden nuestras principales fuentes de información para el conocimiento del conjunto de la Península Ibérica según los autores romanos o que estuvieron al servicio de Roma, gracias a los cuales podemos establecer las fases de la conquista romana y, por tanto, del conocimiento que se adquiría del territorio hispano. El primer grupo de estas fuentes es aquel en el que se engloban los relatos de los militares que estuvieron de servicio en estas tierras, tales como el tribuno Rutilio Rufo, quien luchó en la Guerra Numantina y que según Apiano escribió un relato sobre la misma, o el autor anónimo de *De Bello Hispaniense*, que relata la guerra civil entre César y Pompeyo durante el desarrollo de esta en Hispania, y los propios textos que se refieren a Hispania elaborados por Julio César en *De Bello Civili* presentes en el primer y segundo libro de la obra, que narran los acontecimientos durante su enfrentamiento contra Pompeyo.

¹ Liv., XXI, 60, 1-3.

En segundo lugar, los comentarios de algunos magistrados, como cónsules o pretores, que reflejan la preparación de algunas de sus campañas y su contacto directo con los pueblos de la Península Ibérica². En ocasiones estos relatos hablan de lugares más ignotos para Roma que la propia Hispania, como la travesía de Publio Licinio Craso durante el desempeño de su proconsulado en la Hispania Ulterior a partir del año 97 a. C.³ a las islas Casitérides, islas aún no identificadas hoy en día y que eran ricas en estaño, según Estrabón⁴.

Finalmente las propias experiencias de los autores que escribieron bajo la égida romana, quienes se sirvieron de su estancia en la Península Ibérica como la principal fuente para sus escritos, como es el caso de Polibio o de Artemidoro de Éfeso⁵. El primero pudo recopilar información de Hispania al convertirse en el preceptor de Publio Cornelio Escipión Emiliano, ya que este hecho le permitió disfrutar de una gran libertad de movimientos con la que pudo visitar, además de la propia Hispania, Galia, Italia, los Alpes, etc.⁶. Por su parte, Artemidoro viajó por todo el Mediterráneo, Hispania y probablemente las Galias a lo largo de su vida, para finalmente fondear en Alejandría donde escribiría su obra *Τὰ γεωγραφούμενα*⁷.

Con todo, a pesar de los autores y las fuentes que acabamos de enumerar brevemente, teniendo en cuenta su diversidad en los campos del saber que tratan o los cargos políticos que ocupan, una cosa está clara: sin el avance de los ejércitos, Roma jamás podría haberse aproximado a los pueblos que habitaban la Península Ibérica de una forma tan concreta que permitiera a esos autores recopilar datos sobre las costumbres de las gentes indígenas y su geografía. En otras palabras, sin la intervención militar en Hispania, los mitos y creencias que tenían los romanos respecto a Hispania, hubieran persistido durante más años en el pensamiento colectivo de Roma⁸.

² F. J. Gómez – A. Pérez – M. Vallejo, *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Madrid 1995, 64.

³ F. J. Gómez, «Publio Craso», en Estrabón, *Geografía de Iberia* (trad. de F. J. Gómez Espelosín. Presentaciones, notas, comentarios, glosario y mapas de G. Cruz – M. V. García – F. J. Gómez), Madrid 2015, 491.

⁴ Str., III, 5, 11.

⁵ F. J. Gómez – A. Pérez – M. Vallejo, *op. cit.*, 64.

⁶ J. Mangas – D. Plácido (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiqua (T.H.A.)*. *La península Ibérica prerromana de Éforo a Eustacio*, Madrid 1999, 531.

⁷ *Ibid.*, 576.

⁸ Sobre las ventajas que expone Estrabón al imperialismo romano por la Península

Estos son los tres grandes grupos en los que se pueden clasificar las fuentes, de las cuales se nutrirán los autores posteriores para hablar de la península durante los años siguientes a los diversos procesos y avances en la conquista. Cronológicamente, ya hemos establecido que el punto de inicio del contacto más preciso con los pueblos de Hispania se inició con la Segunda Guerra Púnica. Sin embargo, una vez expulsados los cartagineses en el 206 a. C., Roma inicia su andadura por este territorio administrándolo directamente mediante dos pretores en calidad de gobernadores o supervisores del mantenimiento de la paz, que son enviados cada año a los territorios conquistados⁹. Pero el primer gran avance por Hispania no se efectuó hasta la llegada de Marco Porcio Catón, que a lo largo de su estancia en Hispania durante un año (195-194 a. C.), emprendió una vigorosa acción en la expansión del dominio romano. Podríamos considerar aquí que se inicia la primera fase de la conquista de Hispania, de la que desconocemos hasta qué punto la habría planeado Roma, pero que conociendo los grandes recursos económicos y humanos que aquí se encontró, no quiso renunciar a ellos¹⁰. Las adquisiciones territoriales de Catón se focalizaron principalmente en la Hispania Citerior, sobre todo al norte del bajo Ebro, tras derrotar a los hispanos en la batalla de Ampurias, desarmar a algunos pueblos que no se aliaron con Roma y derrotar a los lacetanos y bergistanos a su vuelta de la Turdetania, donde el avance romano se estancó¹¹.

A la marcha de Catón, el esfuerzo romano por seguir anexionando territorios de Hispania continuó. Marco Fulvio Nobilior, pretor de la Hispania Ulterior durante el año 193 a. C., se enfrentó a los vettones, vacceos y celtíberos¹², y al año siguiente, ya como procónsul, logró tomar *Toletum*. En la década siguiente, en el 182 a. C., llegó a la península Quinto Fulvio Flaco en calidad de pretor de la Hispania Citerior. Su mención aquí es importante porque con él se vuelve a avanzar sobre la Meseta Sur, pero esta vez por el oeste, puesto que sometió a algunas

Ibérica véase D. Plácido, «Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano», *Habis* 18-19, 1987 – 1988, 251-256.

⁹ App., *Hisp.*, 38.

¹⁰ P. Fernández, «La conquista de Península Ibérica por Roma», en A. Morillo (ed.), *El ejército romano en Hispania: guía arqueológica*, León 2007, 42.

¹¹ Cf. J. Martínez, *La campaña de Catón en Hispania*, Barcelona 1992, 174-177.

¹² R. S. Broughton, *The magistrates of the Roman Republic*, 1: 509 B.C.-100 B.C., Nueva York 1951, 347.

ciudades celtiberas como *Urbicua* y el dominio romano llegó hasta *Contrebia*, al noreste de la actual provincia de Cuenca¹³.

El sucesor de Fulvio Flaco como procónsul de la Citerior, cargo que había obtenido al prorrogarse su *imperium* en el 181 a. C.¹⁴, fue Tiberio Sempronio Graco, que llegó a la provincia como pretor al año siguiente. Al desembarcar en *Tarraco*, Graco tuvo que hacer frente a las revueltas en aquellos territorios indígenas que se sublevaron a la marcha de Fulvio Flaco, pero que sofocó tras la batalla del *mons Chaunus* (actual Moncayo) en el 179 a. C. La labor del padre de los dos célebres tribunos de la plebe no solo fue militar, sino que también llevó a cabo una práctica administrativa y pacificadora que ha quedado plasmada en los que historiográficamente se han conocido como «pactos de Graco», un conjunto de tratados entre Roma y poblados de la Celtiberia que han sido elevados a un rango próximo al *foedus*, aunque estaría por debatir si ello realmente debiera considerarse como una recopilación de *deditiones* particulares con estos núcleos¹⁵.

Con el final del proconsulado de Graco en la Hispania Citerior, podemos dar por concluida la primera fase de la conquista de Hispania. Tras la finalización de la magistratura de Graco en el 179 a. C., hasta el inicio de la Segunda Guerra Celtibera en el 154 a. C., las fuentes no recogen demasiada información respecto a Hispania, ya que, las escaramuzas con los indígenas no eran lo suficientemente relevantes como para atraer la atención pública romana, que estaba focalizada en el Este a causa de la guerra contra Perseo de Macedonia. Además, para la oligarquía romana que ansiaba escalar puestos en el *cursus honorum*, las provincias de Hispania dejaron de ser atractivas, puesto que no daban un margen de actuación con el que poder enriquecerse o conseguir honores, tal vez a raíz de la labor de Graco, que no daba oportunidad de emprender grandes empresas contra las tribus indígenas¹⁶.

¹³ Cf. G. Fatás, «Hispania entre Catón y Graco (algunas precisiones basadas en las fuentes)», *Hispania antiqua* 5, 1975, 280-291.

¹⁴ R. S. Broughton, *op. cit.*, 385.

¹⁵ E. García, «En torno a la Paz de Graco en Celtiberia», en A. Alvar (coord.), *Actas del XI Congreso Español de Estudios Clásicos (15-20 de septiembre de 2003, Santiago de Compostela)*, 1, Madrid 2005, 471-474.

¹⁶ Para los efectos de esta renuencia a aceptar alguna magistratura al frente de cualquiera de las dos provincias que formaban parte de la Hispania romana durante la década del 170 a. C., y las medidas que tomó el Senado para hacerles frente, véase J. S. Richardson, *Hispaniae: Spain and the development of Roman imperialism, 218-82 B.C.*, Cambridge

Sin embargo, en el año 154 a.C. la guerra abierta llegó de nuevo a ambas provincias. Por un lado, en la Hispania Ulterior, los lusitanos emprendieron incursiones sobre las tierras ricas del sur, práctica que también era utilizada por sus vecinos los vettones en la sierra de Gredos y la de Estrella¹⁷. En el 155 a.C. comienzan los primeros enfrentamientos contra los líderes lusitanos Púnico y Caisaros, en los que el ejército del pretor de la Ulterior, Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, fue derrotado¹⁸. No obstante, el episodio crucial de la guerra acontecerá cuando el pretor del año 151 a.C., Servio Sulpicio Galba, en una falsa promesa de otorgar tierras a los lusitanos, los atrajo desarmados, bajo el pretexto de iniciar conversaciones para después pasarlos a cuchillo. La matanza será el precedente directo para la posterior fase de la guerra, más conocida por el nombre del caudillo que continuará la guerra contra Roma y contra Galba: Viriato¹⁹.

Paralelamente, en la Celtiberia, se estaba fraguando otro conflicto, cuya naturaleza en un primer momento era diplomática. La ciudad bela de *Segeda* decidió ampliar su superficie y con ello sus murallas, acto que no fue bien recibido por el Senado romano, ya que con esta acción los belos estaban incumpliendo algunas de las cláusulas de la paz establecida en el 179 a.C. por el procónsul Graco. Por ello los segedenses despacharon la situación ante el Senado de Roma, que ordenó la inmediata detención de la construcción de las murallas de la ciudad. A esta orden se negó la asamblea segedense, lo que provocó que al año siguiente, en el 153 a.C., el Senado enviara un ejército consular al frente de Quinto Fulvio Nobilior. Las batallas emprendidas contra la confederación de belos y arévacos, que habían ofrecido a los primeros refugio y apoyo, no tuvieron claros efectos positivos para Roma, y al año siguiente Fulvio Nobilior fue sustituido por el cónsul Marco Claudio Marcelo, que prefirió antes emprender negociaciones de paz con los diferentes *oppida* belos, arévacos y titios que comenzar acciones en las fronteras de la Celtibera. La paz fue suscrita en el 151 a.C. y puso fin a la que se conoce como la Segunda Guerra Celtibérica²⁰.

1986, 105-107.

¹⁷ P. Fernández, *op. cit.*, 43.

¹⁸ R. S. Broughton, *op. cit.*, 450.

¹⁹ Suet., *Galba*, 3, 2.

²⁰ Cf. E. García, «La expansión romana en Celtiberia», en F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico: entre Catón y Nobilior (195 al 153 a. C.): homenaje a Antonio Beltrán Martínez*, Mara 2006, 92-94.

Los tratados acordados entre Roma y los celtíberos a los que había llegado Claudio Marcelo, hizo que su sustituto, Lucio Licinio Lúculo, pusiera el foco de atención sobre los vacceos, pueblo que se hallaba a ambas orillas del curso medio del Duero. La estrategia de Lúculo consistió en atacar desde el sur cruzando el río Tajo hasta llegar a *Cauca*²¹. La toma de esta ciudad vaccea constituye uno de los episodios más sangrientos de la conquista de Hispania, hecho recogido y del que se avergüenzan algunos autores grecorromanos²². Tras haber tomado la ciudad que le abría las puertas hacia el río Duero, Lúculo continuó abriéndose paso por las ciudades que se encontraban en su camino, hasta que llegó a *Pallantia*, a la que puso cerco pero no pudo tomar. Al año siguiente, en el 150 a. C. retornó a Roma con un gran botín. A pesar de la crueldad con la que trató a los indígenas hispanos, no fue juzgado por ello en Roma, y su expedición inauguró una etapa de expediciones a este territorio, que culminaría dos décadas más tarde con su integración plena a la provincia de la Citerior²³.

En Lusitania la guerra se reanudó en el 147-146 a. C. durante la pretura de Cayo Vetilio en la Ulterior, cuando los hombres que escaparon de la matanza de Galba cuatro años antes comenzaron a atacar la Turdetania liderados por Viriato. Este líder derrotó a los sucesivos pretores que intentaban enfrentársele, hasta que en el 145 a. C. el Senado decidió enviar al cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano a Hispania. El cónsul derrotó a Viriato en el 144 a. C. Sin embargo, el caudillo lusitano se estuvo paseando por toda la provincia de la Ulterior hasta el 141 a. C., año en el que es obligado a replegarse de nuevo a Lusitania por el procónsul de esa provincia, Quinto Fabio Máximo Serviliano. Al año siguiente se rompe la paz a la que había llegado con el procónsul, ya que Quinto Servilio Cepión reactiva los enfrentamientos contra Viriato de forma exitosa, e incluso contactando con nuevos pueblos que entran por primera vez en la órbita romana como los galaicos, por lo que la penetración de los ejércitos romanos se extendió más allá del Duero en el año 139 a. C. Finalmente, los emisarios que mandó Viriato a negociar con el cónsul Cepión, le traicionan y el cabecilla muere en el 139 a. C.²⁴. Por otra parte,

²¹ L. Hernández – A. Jiménez, *Vacceos: historia y romanización de un pueblo prerromano del valle del Duero*, Valladolid 2013, 46.

²² App., *Hisp.*, 52.

²³ L. Hernández – A. Jiménez, *op. cit.*, 47-49.

²⁴ A. Alonso – J. M. Fernández, «El proceso de romanización de la Lusitania Oriental: la creación de asentamientos militares», en J. G. Gorges – T. Nogales (coords.), *Sociedad y cultura en Lusitania romana: IV Mesa redonda internacional (abril del 2000, Mérida)*, Mérida 2000, 89-90.

el culmen de la guerra no llegaría hasta la victoria de Decimo Junio Bruto sobre los galaicos.

Bruto llegó a la provincia de la Ulterior como sucesor de Cepión. Como hemos visto, Lúculo abrió las puertas del Duero a Roma, aunque fue Bruto quien se atrevió a atravesarlo para llegar hasta la misma Gallaecia. No obstante, antes de llegar a este extremo, tuvo que cruzar el conocido como río del Olvido, el río *Lethes*²⁵, identificado con el curso del río Limia, que corre en paralelo al Miño a unos 40 kilómetros al sur de este. Pero el límite más septentrional del avance Bruto fue el río Miño, tanto por un prodigio que avisó a Bruto del descontento de los dioses por atreverse a cruzar el río *Lethes*, como por el constante hostigamiento de los *Bracari* que amenazaban el retorno de las tropas de Bruto a su base en el valle del río Tajo. Los galaicos siguieron conservando su independencia, aunque bajo el control teórico de las autoridades de la Hispania Ulterior²⁶.

Paralelamente a las campañas en Lusitania y Gallaecia, se inició en el 143 a. C. una de las guerras que más trastocarían la mentalidad de los romanos sobre los fieros hispanos: la guerra de Numancia. La paz de Marcelo se rompió en el 143 a. C. y el Senado decidió que la rebelión debía ser inmediatamente sofocada. Para ello se encargó a uno de los cónsules de ese mismo año, Quinto Cecilio Metelo Macedónico, el gobierno de la Citerior. Sin embargo fracasó en su intento de tomar las ciudades de Numancia y Termancia. Junto a él, otro puñado más de generales fracasaron en la misma empresa, hasta que en el 134 a. C., el cónsul vencedor de Cartago, Publio Cornelio Escipión Emiliano, tomó las riendas del *bellum Numantinum*, y al año siguiente, tras poner en cerco a la ciudad durante once meses a través de un aparatoso sistema del que formaban parte hasta siete campamentos, contempló el horrendo espectáculo de los restos que quedaban de la ciudad²⁷.

El cerco y destrucción de Numancia supone también un hito en las fuentes clásicas respecto a Hispania, pues desde el fin de la guerra en el 133 a. C. hasta el

²⁵ Entre el variado número de autores de época romana que recogen referencias a este río en su localización en Hispania y sus efectos, recogemos aquí las alusiones de Floro y Apiano por tratarse de claras referencias al pánico que despertaba este río entre los romanos: Flor. I, 33, 12; App. *Hisp.*, 72.

²⁶ A. Tranoy, *La Galice romaine: recherches sur le nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, París 1981, 127-128.

²⁷ Una concisa narración de la guerra Numantina es recogida en A. Jimeno – J. I. de la Torre, *Numancia: símbolo e historia*, Madrid 2005, 15-24.

año 114 a. C., año en el que comienzan una serie de disturbios en la Ulterior contra los lusitanos, apenas hay noticias escritas sobre la Península Ibérica.

Las noticias del comienzo de las hostilidades en Lusitania hacia estas fechas se las debemos a Plutarco, quien dice que fue Cayo Mario durante su pretura el que limpió la Hispania Ulterior de bandidos²⁸. Sin embargo, la pacificación a la que tal vez aluda el texto de Plutarco se trate de un recurso halagador hacia uno de los padres de la patria romana, puesto que hasta el largo proconsulado de Publio Licinio Craso (96-93 a. C.), padre del posterior triunviro, no se llega hasta el ansiado oro del Tajo ni el estaño de la Gallaecia²⁹.

En la otra provincia hispana, el siglo II a. C. también acabó con agitaciones que tuvieron que ser sofocadas por los gobernadores Tito Didio, que llegó como cónsul a la Citerior en el 98 a. C., y Cayo Valerio Flaco, que tomó las riendas de esta provincia como procónsul en el 93 a. C. Los celtíberos habían expulsado a los cimbrios que habían conseguido penetrar por el *saltus Pyrenaicus*, lo que les alentó frente a las armas romanas, que habían sido derrotadas por los cimbrios. Algunos de los métodos de Didio en los intersticios de esta revuelta recuerdan a los métodos empleados por Galba contra los lusitanos³⁰. A pesar de sus métodos, Didio celebró un triunfo en Roma en el 93 a. C. Su sucesor en Hispania, Flaco, puso punto y final a las últimas campañas militares anteriores a la guerra de Sertorio³¹.

La guerra de Sertorio no constituyó una acción de conquista de la Península Ibérica, sino que se trataba de una guerra entre romanos, aunque uno de los bandos se sostenía, sobre todo, por las gentes oriundas de Hispania. Como proscrito de Sila, Sertorio cruzó a la península desde África en el 80 a. C. y en las primeras fases de la guerra, esta se desarrolló en el sureste. El año 77-76 a. C. supone el apogeo del poder de Sertorio en Hispania, y en ese mismo año también llegó Pompeyo al escenario de la guerra para ayudar a su colega de la Ulterior Quinto Cecilio Metelo Pío³².

²⁸ Plu. *Mar.*, 6.

²⁹ A. Alonso – J. M. Fernández, *op. cit.*, 90.

³⁰ App., *Hisp.*, 100.

³¹ L. A. Curchin, *España romana: conquista y asimilación* (versión española de Julio Calonge Ruiz), Madrid 1996, 61.

³² Sobre el enfrentamiento entre Sertorio y Pompeyo en Hispania véase J. M. Blázquez, «Las guerras en Hispania y su importancia para la carrera militar de Aníbal, de Escipión el Africano, de Mario, de Cn. Pompeyo, de Sertorio, de Afranio, de Terencio Varrón, de Julio

La llegada de Pompeyo a Hispania significó un cambio de estrategia en el *modus operandi* de Sertorio y el año 75 a. C. marca el inicio del declive de Sertorio. Los últimos años de la contienda son escasos en informaciones relativas a ella, pero esta acabó después del asesinato de Sertorio en el 72 a. C., ya que algunas ciudades permanecieron fieles a la memoria de su general, como *Osca*, *Termes* o *Calagurris*, que resistió al estilo numantino³³.

En la *sortitio* de las provincias del año 61 a. C., a Cayo Julio César le correspondió la propretura de la Hispania Ulterior, la cual enfiló como una vía para llegar al consulado. Como hiciera Decimo Junio Bruto más de sesenta años antes, avanzó hacia territorio galaico. Aquí llegó hasta *Brigantium*, donde, aparte de tener acceso a los ricos yacimientos de estaño de la zona, dejó abierto el territorio a la iniciativa romana. El dominio de César se caracterizó, a diferencia que el que sus predecesores habían encaminado hacia las campañas de conquista, en una búsqueda de voluntades y botines, así como de imposición de unos nuevos patrones políticos y administrativos³⁴.

Esta será la última adquisición romana en Hispania hasta la campaña que inicie el emperador Augusto, conocida como las Guerras Cántabras (29-19 a. C.), las cuales pondrán fin a la conquista de Hispania comenzada dos siglos antes debido al devenir de la Segunda Guerra Púnica. No obstante, por la Península Ibérica todavía tenía que pasar el mal de la guerra civil entre César y Pompeyo, que tendrá como uno de los escenarios principales al inicio de la contienda nuestro lugar de estudio, puesto que, antes de dirigirse hacia el Este para perseguir a Pompeyo y sus seguidores que habían huido hacia Grecia, Julio César quiso asegurarse su retaguardia y no dejar ningún cabo suelto en Hispania, donde derrotó a los legados de Pompeyo, Lucio Afranio y Marco Petreyo; Marco Terencio Varrón

César y de Augusto», *Aquila legionis: cuadernos de estudios sobre el Ejército Romano* 1, 2001, 20-24.

³³ M. Salinas, «Reflexiones sobre la guerra de Sertorio en la Hispania Citerior y sus fuentes literarias», en F. Sala – J. Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Constestania*, Alicante 2014, 26-30.

³⁴ Cf. M. A. Novillo, «La propretura cesariana en la Hispania Ulterior: “La II guerra lusitana”», *Gerión* 28, 2010, 208-217.

fue abandonado por sus tropas, asustadas ante los triunfos de César frente a los dos primeros legados, y perdonado por César³⁵.

En sus *Res Gestae*, Augusto se jactaba de que el Océano era el único límite del Imperio Romano desde *Gades* hasta la desembocadura del río Elba³⁶. Para que esto fuera así, en Hispania tuvo que domeñar todavía a vacceos, cántabros y astures, en una guerra que tuvo sus intermitencias. Las campañas de los años 29, 28 y 27 a. C., consiguieron someter el área más septentrional del territorio vacceo, dentro de la que la historiografía ha denominado la «primera fase de la guerra» y que duró hasta el 25 a. C. Durante este primer episodio de las guerras Cántabras, se aseguró el eje de penetración desde el alto Pisuerga hasta las fuentes del Ebro³⁷. En este año el emperador Augusto dio por finalizada por primera vez la contienda y, en un acto más propagandístico que realmente ungido del verdadero significado del acto simbólico, ordenó cerrar las puertas del templo de Jano.

Sin embargo, los altercados se sucedían en la fachada norte de Hispania en los años posteriores, hasta que en el 19 a. C., una revuelta de mayor magnitud hizo necesaria la presencia de Marco Vipsanio Agripa, amigo y yerno del emperador, que pacificó la región en ese mismo año³⁸. La provincialización completa de Hispania se completó en el 13 a. C., cuando Augusto regresa a Roma tras «concluir los asuntos de esas provincias»³⁹.

Tras haber narrado las principales campañas y fases de conquista de la Península Ibérica, estamos en condiciones de establecer el grado de conocimiento que se extrajo de cada una de ellas para poder componer una escala de conocimiento sobre la misma.

³⁵ Una narración plena y concisa sobre las campañas de César en Hispania durante la Segunda Guerra Civil romana es recogida en J. Harmand, «César et l'Espagne durant le second "Bellum civile"», en *Legio VII Gemina*, León 1970, 181-203.

³⁶ *Res Gestae divi Augusti*, 26.

³⁷ E. Peralta – J. Camino, «Conclusiones sobre las Guerras Astur-Cántabras», en J. Camino – E. Peralta – J. F. Torres (coords.), *Las Guerras Astur-Cántabras. Primer Encuentro Arqueológico (2-4 de octubre de 2014, Gijón)*, Oviedo 2015, 356-362.

³⁸ L. A. Curchin, *op. cit.*, 74-75.

³⁹ *Res Gestae divi Augusti*. 12.

Básicamente, Gómez Espelosín, Pérez Largacha y Vallejo Girvés establecen tres fases de conocimiento: una primera que abarcaría los primeros momentos de presencia romana en el litoral mediterráneo justo después de la Segunda Guerra Púnica; la segunda se extendería desde la marcha de Catón hasta la conclusión de las Guerras Celtíberas con la destrucción de Numancia; finalmente una tercera, que se iniciaría con la etapa más laxa después del sitio de Numancia, hasta la toma total de la península tras la victoria augustea en las Guerras Cántabras⁴⁰. La primera de las etapas de conocimiento tiene su principal representante en Catón, con su obra «*Origines*», la cual nos ha llegado de forma fragmentaria. La obra pretende ser una historia de Roma desde sus orígenes, pero también recoge fragmentos dedicados a las primeras impresiones del gobernador de la Hispania Citerior, que simplemente se dedica a realizar descripciones de las áreas que visita, sobre todo el área central de Ebro⁴¹.

La segunda de las etapas de conocimiento comienza con las primeras incursiones de Roma en el interior de la Meseta, las de Fulvio Nobilior y Fulvio Flaco. Esta etapa se consolida totalmente con los acuerdos de paz de Graco, los cuales obligan a tener un trato más directo con los indígenas de la península, lo que también ayudará a establecer un mejor conocimiento de ellos y de su entorno. Esta dilatada etapa, que abarca dos tercios del siglo II a. C., se caracteriza por el enfrentamiento directo entre Roma y los pueblos que habitaban en Hispania a lo largo de todas las campañas que hemos explicado anteriormente. Parece ser que los propios autores también eran conscientes de los nuevos saltos cualitativos que se estaban efectuando, como hace Polibio al reconocer que la parte de Iberia que ha sido descubierta recientemente es la que se extiende a lo largo del «Mar Exterior»⁴².

Sin embargo, si debemos hablar de salto cualitativo, la última etapa de la conquista es la que se lleva la palma, sobre todo durante la guerra de Sertorio, debido a la romanización tal vez forzosa de los pueblos de Hispania a raíz de este conflicto, puesto que el gobernador proscrito decidió enfrentarse a Roma trasladando sus tácticas de combate a las ciudades hispanas que decidieron guardarle *fides*.

⁴⁰ Cf. F. J. Gómez – A. Pérez – M. Vallejo, *op. cit.*, 71-72.

⁴¹ Cat., *Frg.*, VII, 5 y ss.

⁴² Plb. III, 37, 11.

En época de César se anexionó totalmente la Gallaecia, conocida ya desde hacía ochenta años atrás, pero la región septentrional que todavía quedaba por conquistar, y no se hizo hasta el principado de Augusto, todavía denotaba las imprecisiones romanas a la hora de situar y analizar pueblos con los que aún no había tratado masivamente: esto quiere decir, a los que todavía aún no habían recibido una visita militar por parte de Roma⁴³.

Aunque es cierto que, a medida que Roma iba penetrando en la Península Ibérica, el componente mítico o extraordinario de los testimonios de sus autores se iba difuminando hacia uno basado en las vivencias propias de los hombres que escribieron sobre Iberia, a partir de los cuales los venideros historiadores y geógrafos romanos emplearían como fuente, jamás llegó a alcanzar una sabiduría sobre sus provincias más occidentales del todo exacta y concreta. Junto a las dificultades para adquirir conocimiento de la época, a las que hay que añadir el *corpus* cerrado de escritos que nos ha llegado sobre esta época y su amputada conservación hasta hoy, también debemos recalcar que, en el fondo, la mayoría de los escritores romanos o al servicio de Roma que emprendían la elaboración de una historia o una geografía, sus textos, aunque pretendiendo ser más o menos objetivos, estaban siempre impregnados por la ideología imperante.

Es por ello que el conocimiento más exacto posible que podamos adquirir a raíz de estas fuentes, lo debemos desgajar de su componente ideológico, para que de un texto que nada tiene de inocente, podamos extraer una información sobre Hispania durante la conquista romana lo más objetiva posible.

3. Mitos

La visión mítica de Hispania que se venía construyendo desde los primeros textos de la literatura griega, fue heredada por aquellos que fueron compuestos por los autores que ya trabajaron bajo la égida romana, quienes, a pesar de la progresiva conquista que se iba haciendo de la península, la cual les tuvo que proporcionar datos suficientes como para desmentir o revisar estas tradiciones que algunos autores antiguos como Estrabón hacen remontar hasta el mismísimo

⁴³ J. M. Roldán, «El ejército como factor de la romanización de Asturias», en *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum*, Madrid 1983, 112.

Homero⁴⁴, no lograron modificar esta imagen que se mantuvo vigente durante toda la Antigüedad⁴⁵.

Para hablar sobre los mitos que atañen a esta área geográfica analizaremos, por un lado, las más importantes tradiciones mitológicas grecorromanas que tienen lugar en la Península Ibérica, pero seleccionando aquellas que se hallan recopiladas en autores que recojan o hagan referencia a los sucesos que se encuadran en el marco cronológico que hemos establecido para nuestro trabajo, y, por otro, los menos cuantiosos mitos autóctonos procedentes de la Hispania prerromana, para los cuales tendremos que acudir obligatoriamente a lo dicho sobre ellos por los autores grecorromanos.

3.1. Grecorromanos

En cuanto al primer grupo de mitos del que vamos a hablar, este se compone de tres tradiciones míticas que afectan a la Península Ibérica o a sus proximidades: la localización de las islas de los Bienaventurados, los trabajos que Hércules llevó a cabo en el lejano Occidente y, finalmente, los *νόστοι* o el regreso de los héroes griegos que lucharon en la guerra de Troya a sus hogares.

De las tradiciones míticas más frecuentes respecto al lejano Occidente es la relativa a las «islas de los Bienaventurados». A pesar de no encontrarse estrictamente en Hispania, dependiendo de la fuente que manejemos la sitúa más o menos cerca de esta, por lo que su lugar en este estudio tiene sentido si aludimos a esas fuentes que las hacen cercanas a nuestras costas. De los autores que escriben o hablan de los sucesos que hemos establecido como hitos cronológicos para nuestro trabajo, Estrabón es el autor que más cercanas las hace a la península, aunque el dato que proporciona no es muy concreto, limitándose simplemente a una escueta localización frente a las costas de entre Gades y África⁴⁶.

Como veremos con los dos ejemplos restantes, y a lo largo de toda la literatura anterior y posterior a Estrabón, la localización vaga o incierta de las islas de los Bienaventurados aparece como un topos literario, en el que ningún autor se atreve a ahondar más allá de lo que hayan dicho los anteriores a él. Plinio el Viejo quizás sea el autor más valiente en este sentido, puesto que proporciona

⁴⁴ Str., I, 1, 2.

⁴⁵ F. J. Gómez – A. Pérez – M. Vallejo, *op. cit.*, 105.

⁴⁶ Str., III, 2, 13.

distancias, número de islas y nombres, basándose en los testimonios de Estacio Seboso y Juba II, contemporáneos de Cicerón y Augusto respectivamente⁴⁷. Sin embargo las distancias que proporciona son mucho mayores que las de Estrabón: setecientos cincuenta mil pasos desde Gades hasta Junonia, una de las islas, y seiscientos veinticinco mil pasos de las Purpurarias⁴⁸, que quizás se trate de la actual isla de Madeira. Los testimonios que recoge Plinio el Viejo en su descripción de las islas de los Bienaventurados, son documentos complementarios entre ellos, ya que mientras que el de Seboso recoge las distancias entre islas, derivadas del testimonio de su periplo, el texto que emplearía de Juba II recopila toda una serie de datos obtenidos relativos a los recursos disponibles en estas islas, a raíz de la expedición del rey de Mauritania⁴⁹.

El último de los tres autores que hemos seleccionado por describir las islas de los Bienaventurados durante el periodo que nos atañe es Plutarco, que en la «Vida de Sertorio» narra cómo el rebelde general romano se topó con dos marineros que habían regresado de las que el mismo autor llama «islas Atlánticas»⁵⁰. Después, sigue una descripción de estas islas continuando con los tópicos heredados de su tradición mítica anterior, al igual que en las descripciones de Estrabón y Plinio⁵¹.

Lo interesante de la problemática en relación con estas islas para el periodo en el que nos movemos, es que desde los siglos III o II a. C., la temática sobre las mismas había entrado en una fase que Marcos Martínez Hernández denomina «geográfica», la cual se caracteriza por transferir a unas islas sobre las que hay testimonios reales o que se postulan como tal como los que hemos visto de Estrabón,

⁴⁷ A. Rainaud, «Geographia», en Ch. V. Daremberg – E. Saglio (dirs.), *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, 2, París 1896, 1539.

⁴⁸ Plin., *H.N.*, VI, 37, 202-203.

⁴⁹ Sobre las informaciones recopiladas por Estacio Seboso recogidas en Plinio, véase A. Mederos, «Las Columnas de Atlas. El periplo africano de *Statius Sebosus* de Gades a las Islas Afortunadas», en F. Prados – I. García – G. Bernard (coords.), *Confines. El extremo del mundo durante la Antigüedad*, San Vicente del Raspeig 2012, 179-193. Respecto a los datos de Juba II empleados por el mismo Plinio, consúltese A. Mederos – G. Escribano, «Las Islas Afortunadas de Juba II. Púnico-gaditanos y romano-mauretanos en Canarias», *Gerión* 20, 2002, 330-337.

⁵⁰ Plu., *Sert.*, 8, 2.

⁵¹ Sobre las tradiciones míticas relativas a las Islas de los Bienaventurados, identificadas con las islas Canarias, y la continuidad del mismo en los autores de los siglos I y II d. C., véase J. A. Delgado, «Canarias en la Antigüedad como problema histórico», *Tabona: revista de Prehistoria y de Arqueología* 19, 2011-2012, 14-18.

Plinio y Plutarco, elementos míticos y religiosos propios de los relatos heroicos que tienen como punto de partida las obras homéricas⁵².

Por este motivo es por lo que persisten viejas ideas en la representación de las islas de los Bienaventurados, y las de los espacios geográficos que traspasan las Columnas de Hércules en general, que consideran el lejano Occidente más allá del Estrecho de Gibraltar, como un lugar en el que se funde lo divino y lo humano, un espacio desordenado y desigual, de contrastes. En este sentido, al ser la frontera oceánica el espacio entre lo conocido y lo desconocido, es muy habitual que los diversos escenarios en los que se ubican las narraciones fantásticas de espacios geográficos, adquieran forma de isla⁵³.

Otra saga mítica con recorrido en el escenario de nuestro trabajo es la de Hércules, especialmente dos de sus doce trabajos que se desarrollan en el lejano Occidente. El más antiguo de los relatos sobre uno de los trabajos de Hércules en Occidente es recogido por Hesíodo⁵⁴, por lo que la tradición respecto a estos dos trabajos también se remonta a casi los albores de la literatura griega.

La localización del mito en Hispania también tiene largo recorrido, pues es Heródoto el primero que localiza el pasaje en la isla de *Eriteia*, cerca de *Gadeira*⁵⁵. Con el considerado como el padre de la historia, comienza una tendencia general en los escritores del mundo antiguo en localizar el décimo trabajo de Hércules en el lejano Occidente, y más concreto en Hispania, que nos señala un cambio de percepción en las áreas marginales del Mediterráneo, producto de las nuevas realidades sociológicas y políticas que han tenido fruto con la colonización de este espacio durante los ciento cincuenta años anteriores a la época de producción de los primeros historiadores griegos⁵⁶. Esta vertiente sería continuada en época imperial romana por autores como Estrabón, Virgilio, Ovidio, Pompeyo Trogo, entre otros, llegando incluso esta tradición hasta la época del Bajo Imperio, pues Avieno y Amiano Marcelino la continúan⁵⁷.

⁵² Véase M. Martínez, «Islas Míticas en relación con Canarias», *Cuadernos de filología clásica: estudios griegos e indoeuropeos* 20, 2010, 145-147.

⁵³ G. Cruz, «La Historia (Antigua), las islas míticas y las Canarias», *Baética* 16, 1994, 244.

⁵⁴ Hes., *Th.*, 287-294.

⁵⁵ Hdt., IV, 8.

⁵⁶ Cf. G. Cruz, «La Península Ibérica en los límites de la ecúmene: el caso de Tartesos», *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad* 7, 1995, 47-52

⁵⁷ J. M. Blázquez, «Gerión y otros mitos griegos en Occidente», *Gerión* 1, 1983, 23-25.

El undécimo trabajo de Hércules, aquel en el que tiene que coger las manzanas del jardín de las Hespérides, también es situado en las cercanías de *Gades*, aunque su localización no tiene un recorrido tan dilatado como el del anterior trabajo, pues es desde finales de la República Romana cuando este mito adquiere esta ubicación⁵⁸.

La localización del jardín de las Hespérides conecta con la tradición mítica de las islas de los Bienaventurados, pues su localización es hecha por algunos autores en este enclave⁵⁹. Sin embargo, esta versión de localizar el mítico jardín en las paradisiacas islas no es la única, pues por ejemplo Plinio lo sitúa en el *oppidum* de *Lixus*⁶⁰, que actualmente está a unos 85 kilómetros al sur de Tánger. No obstante, leamos una versión u otra sobre el lugar que ocupaba el jardín de las Hespérides en el lejano Occidente, lo que está claro es que la localización de este jardín se hacía en el ámbito atlántico.

Para finalizar con el ciclo hercúleo en la Península Ibérica, el último hito mitológico sobre el hijo de Zeus y Alcmena que los escritores de la Antigüedad situaron en nuestras tierras fue el de las columnas de Hércules. En la trayectoria literaria griega han sido muy variadas y de distinta naturaleza las localizaciones que de este gran referente geográfico se han hecho⁶¹, aunque todas ellas dentro del entorno del Estrecho de Gibraltar. Para repasar algunas de estas opiniones respecto al carácter de las columnas de Hércules como no podía ser de otra forma nos servirá parte del texto del libro III de Estrabón, quien además de proporcionar su opinión sobre el qué eran las columnas, también recoge lo que decían autores griegos de época clásica y helenística, como Píndaro o Eratóstenes, otros de época republicana, como Polibio o Posidonio, o hasta lo que opinaban los mismos íberos o libios sobre esta caracterización⁶².

⁵⁸ *Ibid.*, 28.

⁵⁹ Respecto a la localización del jardín de las Hespérides en las islas de los Bienaventurados véase a Pomponio Mela y a Estrabón: Mel., III, 10, 100; Str., III, 2, 13.

⁶⁰ Plin., *H.N.*, V, 2.

⁶¹ Sobre las variopintas localizaciones de las columnas de Hércules a lo largo de toda la Antigüedad véase R. López, «El mito de las columnas de Hércules y el Estrecho de Gibraltar», en E. Ripoll, *Actas de Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar" (1987, Ceuta)*, 1, Madrid 1988, 615-642.

⁶² Una versión resumida sobre lo que escribieron algunos autores sobre las columnas de Hércules y la opinión de íberos y libios, según Estrabón, en: Str. III, 5, 5. La versión de Estrabón respecto a las mismas columnas también se recoge en el mismo fragmento.

El último conjunto de relatos míticos que se desarrollan en la Península Ibérica tiene que ver con el regreso de los héroes, sobre todo aquellos que lucharon en la guerra de Troya, a sus patrias. No obstante, a diferencia de los ciclos anteriores, algunos de los cuales podemos remontar hasta época homérica, estos relatos de los regresos de los héroes, o *vóστοι*, se popularizaron en una época más reciente, ya que su proliferación es fruto de la erudición helenística, que luego continuarían los autores romanos herederos de esta práctica⁶³.

Estos relatos de los regresos de los héroes aqueos que pasaron por las costas de Iberia en su vuelta al hogar produjeron una serie de topónimos griegos en nuestras costas que no necesariamente indican la existencia de una o varias colonias griegas, sino que solamente, como ya se ha puesto de manifiesto, pueden indicar puertos o puntos de escala con denominaciones helenizadas. Dicha helenización de los nombres de puntos relevantes para los griegos en la Península Ibérica, atestigua la adecuación del nombre de estos lugares a lengua griega, que no hace otra cosa que mostrar la frecuentación de los mismos por navegantes griegos.

Igualmente se puede pensar que la adecuación de mitos griegos a lugares peninsulares, demuestra un interés y la realidad de la presencia griega en la península, con las consecuencias derivadas de conocer una determinada área de forma relativa, es decir, con lagunas en su conocimiento. Estas consecuencias son los mitos aplicados a escenarios peninsulares, entre los que se encuentran los *vóστοι*⁶⁴.

Quizás, entre los primeros autores que localizaron uno de estos viajes hacia la Península Ibérica, se encuentre el historiador siciliano Timeo, que desarrolló su actividad durante la primera mitad del siglo III a. C., puesto que su compatriota Diodoro, dos siglos posterior a él, recoge una información en la que afirma que Timeo se encuentra entre un buen número de historiadores que dicen que los Argonautas navegaron cerca de la isla Gadira⁶⁵.

Introduciéndonos en la cronología de nuestro trabajo, quizás los historiadores griegos que acompañaron a los caudillos cartagineses en su travesía por Iberia, dotaron a los puestos indígenas que iban sometiendo los púnicos o a sus nuevas

⁶³ Cf. D. Plácido, «Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente», *Gerión* 7, 1989, 41.

⁶⁴ A. J. Domínguez, «Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el sudeste peninsular y levante en época arcaica», en F. Olmedo (coord.), *Homenaje a Luís Siret (1934-1984: Actas del Congreso «Homenaje a Luís Siret» (junio de 1984; Cuevas del Almanzora)*, Sevilla 1986, 601.

⁶⁵ D. S., IV, 56, 3.

fundaciones, como *Qart Hadasht* de fundaciones míticas y nobilísimas por los héroes regresados de la guerra de Troya, puesto que la mayoría de estos lugares carecía de pasado mítico acorde con las leyendas y mitos helenísticos. Por desgracia, las fuentes cartaginesas fueron arrasadas por Roma, por lo que no tenemos testimonio directo de la versión de estas fundaciones contadas a los cartagineses. Nos tenemos que conformar con los escritores romanos, que contando la historia de Roma, hacen referencia a hechos cartagineses⁶⁶.

A este efecto, para observar la relevancia de las fundaciones tal vez sea bueno remitirnos a la «Guerra Púnica» de Silio Itálico, épico latino de época Flavia, puesto que en algunos de sus fragmentos hace verdaderos listados de las ciudades fundadas por los héroes griegos⁶⁷, los cuales pueden nutrirse de los ecos de los historiadores griegos que acompañaron a los cartagineses en sus andanzas por Iberia, aunque sabemos que la principal fuente historiográfica de Silio Itálico fue Tito Livio⁶⁸.

En la centuria siguiente a la Segunda Guerra Púnica, lo cartaginés fue sustituido por lo romano en Hispania, y además de un modo más masivo que el que habían llevado a cabo los africanos⁶⁹. Esta presencia itálica en la Península Ibérica se dejaría sentir en las distintas versiones que proliferaron de estos *νόστοι*, las cuales cada vez se basaban menos en la antigua mitología grecorromana, para servir más para el ennoblecimiento del pasado de las ciudades sobre las que aún no se había fijado su fundación⁷⁰.

Las tres sagas míticas que acabamos de analizar brevemente, son hijas del helenismo, en su periodo de madurez. La historiografía de este periodo se caracteriza por ser más dramática y paradoxográfica quizás esta última característica sea resultado de la erudición de la que también intentaron hacer gala los historiadores, geógrafos, poetas, etc. helenísticos que la que venían haciendo autores como

⁶⁶ Cf. F. J. Gómez – A. Pérez – M. Vallejo, *op. cit.*, 102-103.

⁶⁷ Sil. Ital., III, 364-370.

⁶⁸ J. Nicol, *The historical and geographical sources used by Silius Italicus*, Oxford 1936, 17.

⁶⁹ Sobre la migración itálica hacia Hispania y las gentes que se trasladaron de una península a la otra véase M. A. Marín, *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*, Granada 1988, 49-60.

⁷⁰ En este sentido, Mela denomina a *Olisippo*, actual Lisboa, como *Ulisippo*. Este cambio hace que el nombre de la ciudad lusitana se vincule con la versión romana del nombre del héroe de Ítaca: Mel., III, 1, 8.

Heródoto o Tucídides. Todos los textos utópicos que se escribieron durante este dilatado periodo fueron interpretados como textos históricos. De ahí que en los escritores que trabajaron durante el Alto Imperio Romano, aún se conservaran estas tradiciones míticas a pesar de la completa romanización de la Península Ibérica⁷¹.

3.2. *Autóctonos*

Como hemos visto a través del análisis de estas tres sagas míticas, los mitos grecorromanos son fácilmente documentables a través de las fuentes clásicas que han conseguido llegar hasta nuestros días. Esto significa que, aunque existan problemas de localización en algunos de ellos o diferentes versiones de un mismo mito, al final disponemos de una fuente directa que nos remita a la narración en cuestión.

Sin embargo, no ocurre lo mismo para encontrar el rastro de mitos autóctonos de la Hispania prerromana, por lo que para su conocimiento nos debemos remitir a otros autores grecorromanos, o a una indagación exhaustiva de estos mismos autores que, si bien no narran el mito de manera más o menos completa, sí que proporcionan pistas a través del relato de hechos anecdóticos durante la conquista de Hispania que con la asistencia de otras ciencias, como la antropología o la arqueología, nos podrán proporcionar los datos más generales de un determinado mito prerromano, aunque desgraciadamente, nunca el mito completo. A continuación se tratarán tres mitos que ayudarán a comprender este planteamiento.

El primero de ellos es el de los míticos reyes de Tartessos Gargoris y Habis, desgarradora historia entre un abuelo (Gargoris) y un nieto (Habis) que concluye con un final dichoso para ambos. El mito es recogido por Justino en su *Epítome de las historias filípicas de Pompeyo Trogo*⁷².

Dicho texto ofrece una descripción del marco mítico e ideológico de la monarquía tartésica, constituyendo un verdadero mito fundacional de la misma y de los fundamentos sobre los que se apoya⁷³. Así, algunos autores actuales, como Antonio Tejera Gaspar, han considerado este mito como el punto inicial de la sociogonía de Tartessos, es decir, un mito de origen de la realeza tartésica que

⁷¹ Cf. E. Gabba, «True History and False History in Classical Antiquity», *The Journal of Roman Studies* 71, 1981, 53-59.

⁷² Just., XLIV, 4, 1-14.

⁷³ M. Torres, *Tartessos*, Madrid 2002, 20.

habría sido transmitido de generación en generación hasta que, como hemos visto, desde finales del siglo III a. C., Roma entraría en contacto con la franja costera de Hispania que transcurre desde los Pirineos hasta el valle del Guadalquivir. A partir de este momento los historiadores latinos ya pudieron tomar nota del mito, aunque solo conozcamos la versión de Pompeyo Trogo transmitida por Justino. Además, el mito reúne los ingredientes de otras historias legendarias sobre el origen de algunas monarquías antiguas, como la de Moisés, Teseo o Rómulo, que tienen todas ellas en común el abandono del recién nacido por fruto de alguna tragedia y su posterior fortalecimiento como héroe hasta que, por un acontecimiento fortuito, es aceptado en su comunidad y convertido en el dirigente de su pueblo⁷⁴.

La comparación de este mito con otros paralelos procedentes de los ámbitos grecorromanos o mediterráneos, nos hace ver de qué manera parte de las leyendas que acabaron constituyendo un punto de referencia en la labor unificadora y consolidadora de los pueblos y ciudades, como el sinecismo ateniense propulsado por Teseo, la fundación de Roma por Rómulo, o la conducción del pueblo elegido por Yahvé por medio de Moisés⁷⁵. No obstante, a pesar de sus paralelismos con mitos procedentes de Oriente, o más bien del ámbito griego, José C. Bermejo Barrera ha llegado a la conclusión de que el mito es tartésico, ya que ni los personajes son griegos, al contrario de lo que ocurre con otros mitos localizados en el lejano Occidente, como la saga de Hércules, en que los personajes sí que son de la mitología helena, y tampoco posee un mito adaptado a la cultura griega en toda su estructura, como sí que pasa por ejemplo en la simbiosis entre las mitologías griega y romana.

En definitiva, nos encontramos ante un mito que tiene unos paralelos similares a los de la tradición mitológica griega, como por ejemplo algunas expresiones mitológicas que coinciden con las de la sociedad helena⁷⁶, que solamente puede ser empleado para este fin, es decir, como fuente de conocimiento de la teoría

⁷⁴ Cf. A. Tejera, «El mito de Habis: Poder y Sociedad en Tartessos», *Tabona: revista de Prehistoria y de Arqueología* 8, 1992-1993, 553-559.

⁷⁵ Sobre la función del mito de Gargoris y Habis, y el contraste de este mito con otros similares o con los mismos patrones, véase F. Gascó, «Gargoris y Habis: la leyenda de los orígenes de Tartesos», *Revista de estudios andaluces* 7, 1986, 18-19.

⁷⁶ A esta conclusión es a la que llega José C. Bermejo Barrera tras comparar el mito de Gargoris y Habis con algunos aspectos de la función civilizadora del héroe Aristeo, en J. C. Bermejo, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, 1, Torrejón de Ardoz 1994, 81.

antropológica normal en los últimos siglos helenísticos, y no como fuente histórica fiable para reconstruir modos de producción «íbero-turdetano-tartésicos»⁷⁷.

El siguiente de los tres mitos que vamos a recoger se trata de un claro ejemplo de indagación exhaustiva de algunos autores clásicos y analizarlos en conjunto, puesto que no recogen el relato de forma unificada, como hace Justino, sino que cada uno da una serie de datos fragmentarios que tienden a repetirse, los cuales es necesario analizarlos colectivamente para extraer de la manera más completa posible el mito en toda su totalidad⁷⁸.

En primer lugar, casi todos localizan el mito en Lusitania, concretamente en los alrededores de *Olisippo*, excepto Silio Itálico que lo hace en el territorio de los vetones, vecinos por el este de los lusitanos. La versión más tardía de los cinco autores que hemos recogido, también difiere de las demás en cuanto al tiempo de vida de los potros nacidos de estas yeguas, ya que es el único que lo alarga de tres a siete años. Solamente Plinio nos proporciona el dato de que, a pesar de que son potros con una vida muy corta, son animales muy veloces. Finalmente, en lo que sí que coinciden los tres autores es en el viento que fecunda las yeguas lusitanas, o vetonas, puesto que todos lo identifican con el viento del oeste, *Ζέφυρος* o *Favonius*, el viento más suave de todos que, junto al Boreas, aparece como la expresión misma del principio vital⁷⁹. No obstante, el mito no constituye una novedad mitológica en el sentido estricto de la palabra.

Los tres aspectos fundamentales del fragmentado relato, a saber, la fecundación de las yeguas por parte del viento del oeste, la corta vida de los potros que nacen como resultado de esta unión y la velocidad de estos, ya se hallan desde antaño en la literatura griega, pues en la *Ilíada* ya se recoge que la harpía Podarga había engendrado por obra de Céfiro a dos raudos caballos que Automedonte, el auriga de Aquiles, les había uncido el yugo⁸⁰. Quedaría por remontarse al aspecto de la corta vida de los potros nacidos de las yeguas lusitanas en su unión con Céfiro, que José C. Bermejo Barrera resuelve con las malas aptitudes de las har-

⁷⁷ La actitud más prudente frente al fragmento de Justino del que hemos partido para analizar el mito de Gargoris y Habis, queda plasmada en L. A. García, «Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos», *Archivo español de arqueología* 139-140, 1979, 111-130.

⁷⁸ Los fragmentos a los que hacemos referencia son los siguientes: Var., *R.R.*, II, 1, 19; Verg., *G.*, III, 273-277; Colum., VI, 27, 7; Plin., *H.N.*, VIII, 67; Sil. Ital., III, 378-383.

⁷⁹ R. Lantier, «Venti», en Ch. V. Daremberg – E. Saglio (dirs.), *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, 5, París 1969, 715.

⁸⁰ *Il.*, XVI, 148-151.

pías para procrear, característica que se refleja en los vástagos de estas, los cuales, o bien mueren prematuramente, o bien no pueden desarrollar su vida de un modo normal⁸¹.

A pesar de la aparente naturaleza fantástica de este conjunto de relatos que derivarían del probable mito lusitano, en los últimos años se han propuesto un mayor número de textos para el *corpus* relacionado con este mito, cuya contrastación permite observar cómo los propios autores antiguos no hablaban de este fenómeno como un hecho fantástico, sino como algo real, que combinada con la hipótesis formulada por Alicia M. Canto de que las yeguas lusitanas de las que hablan las fuentes pudieron estar infectadas por la bacteria *Wolbachia*, que entre sus efectos se encuentra la partenogénesis, es decir, la reproducción de algunos animales y plantas en la que no se requiere la fecundación del óvulo, produciendo descendientes genéticamente idénticos a la fórmula genética del organismo madre, puede dar una explicación racional a un fenómeno que los antiguos se limitaran a describir, con lógica admiración, en el que atribuían el papel fecundador al Céfito⁸².

Para el último de los mitos indígenas que vamos a recoger, quizás el esfuerzo para descubrir unas pistas que apunten hacia un relato mitológico turdetano perdido sea mayor, ya que será necesario recurrir a otras ciencias para identificar un posible mito relacionado con la Luna. Para llevarlo a cabo vamos a partir de un fragmento de Diodoro de Sicilia que recoge una narración sobre una fábula que Viriato pronunció para que los habitantes de la ciudad turdetana de *Τύκκα* o *Itucci*, actual yacimiento de Tejada la Nueva, localizado entre los términos municipales de Paterna del Campo y Escacena del Campo⁸³, tomaran parte en la guerra contra Roma⁸⁴.

⁸¹ J. C. Bermejo, *op. cit.*, 86.

⁸² Para saber más de la hipótesis completa propuesta por la autora, véase A. M. Canto, «Un “mito” homérico en Iberia: Zephyrus y las yeguas de Olisipo. Nuevos textos y ensayo de explicación desde la genómica», en J. G. Gorges – J. D’Encarnação – T. Nogales (coords.), *Lusitânia romana: entre o mito e a realidade: Actas da VI Mesa-Redonda Internacional sobre a Lusitânia Romana (4 a 6 de Novembro de 2004, Centro Cultural de Cascais; Museu Nacional de Arqueologia; Museu Arqueológico de S. Miguel de Odrinhas)*, Cascais 2009, 196-205.

⁸³ Sobre la ciudad de *Τύκκα/ Itucci*, véase J. M. Campos – N. O. Vidal, «Las ciudades hispano-romanas del territorio onubense: estado de la cuestión», *Revista d’arqueologia de Ponent* 13, 2003, 54-58.

⁸⁴ D. S., XXXIII, 7, 5-7.

Los primeros ecos que se registran de un relato similar en el mundo grecorromano provienen de Esopo, de su fábula número cincuenta y dos, la cual recoge una historia similar a la de Diodoro, sobre dos amantes con un mismo amado, la una más vieja, la otra más joven y que para agradar más a la una o a la otra, la joven le arrancaba los pelos canosos y la vieja los pelos negros⁸⁵. Por lo que hemos visto hasta ahora del mito, el discurso que pronuncia Viriato ante la población de *Τόκκα/ Itucci* parecería más una versión distorsionada de la versión de Esopo que una historia original propia, o cuanto menos local para lograr persuadir mejor a la población turdetana. En este sentido es cuando debemos recurrir a la antropología, pues la versión de Esopo, y posteriormente puesta en boca de Viriato por Diodoro Sículo, guarda varios paralelos con versiones de un mito oriental en el que la Luna tiene género masculino y se queda calva al intentar complacer a las múltiples amantes que tiene.

En la India, la Luna, *Soma*, es de género masculino y tiene varias esposas; en pueblos del África negra como los nyassa o los bantúes la Luna tiene dos esposas que le alimentan o bien o mal, hecho que explicaría los cambios de tamaño del satélite terrestre⁸⁶. La última pista para hacer remontar el discurso de Viriato de un posible mito turdetano sobre la Luna son los testimonios que conservamos sobre lugares consagrados a la divinidad de la Luna en el área turdetana. Uno de ellos proviene de Estrabón, que atestigua un templo consagrado a la diosa *Φωσφόρος* identificada con diosas vinculadas a la Luna como Ártemis o Hécate el cual se conoce como de la *Lux Dubia*, en la desembocadura del río Guadalquivir⁸⁷. Cerca de Málaga también existía un lugar consagrado a la Luna, pero esta vez una isla entera. También en la misma Roma la Luna era adorada bajo la advocación de *Noctiluca*⁸⁸.

Por tanto, si atendemos a los testimonios proporcionados por la antropología actual o los testimonios antiguos sobre el carácter de la veneración a la

⁸⁵ Aesop., 52.

⁸⁶ J. C. Bermejo, «La calvicie de la Luna: Diodoro Sículo XXXIII, 7, 5 y la posible existencia de un nuevo mito turdetano», en J. C. Bermejo, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, 2, Torrejón de Ardoz 1986, 52 y n. 19. Además en esta nota, recoge Bermejo Barrera una cita de la *Guerra de las Galias* de Julio César sobre el trato masculino que recibía la Luna entre los germanos: Caes., *Gal.*, VI, 21.

⁸⁷ Str., III, 1, 9.

⁸⁸ J. M. Blázquez, *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*, Madrid 1979, 119-120.

divinidad de la Luna, y a las fuentes sobre cultos a la Luna locales en la región de la Turdetania, podemos afirmar que probablemente Viriato estuviera recogiendo en su arenga a los habitantes de *Τύκκα/ Itucci* un antiguo mito turdetano sobre las amantes de la Luna y cómo estas la dejaron calva, que fue deformado posteriormente por los escritores grecorromanos. No me refiero a que ya fuera reelaborado por Esopo, quien casi con total certeza desconociera la naturaleza masculina de la Luna en algunos de los pueblos contemporáneos a él, sino a que fuera manipulado por aquellos autores que en el anterior apartado hemos situado en el tercer grupo, es decir, por aquellos escritores que ya entraron en contacto más o menos directo, con los pueblos de Hispania, y que recogieron parte de sus costumbres, entre ellas algunos mitos o posibles mitos, que con tal de hacer comprensible al público romano, deformaron de tal forma que perdieron gran parte del relato original y dificultó así la capacidad de identificar el mito original, en el caso de que estas narraciones procedan de un relato mítico ancestral.

4. Geografía

Antes de introducirnos en los autores grecorromanos que trataron sobre la geografía de la Península Ibérica en sus obras, es necesario observar la evolución que se produjo para que en la literatura clásica, sobre todo en la historiografía, se investigara sobre la geografía a la manera que se hacía desde el siglo III a. C.

Dicha ciencia se separó de la propia historiografía, para crear un nuevo tipo de textos que se dedicarían exclusivamente al saber del que vamos a hablar en estas líneas. Esta dinámica hizo que la geografía se fuera desligando de su simple faceta auxiliadora en las obras más importantes sobre historia, en las que solamente aparecía como un excursus dentro de las mismas⁸⁹. Los nuevos horizontes que abrieron las conquistas de Alejandro Magno, influyeron en esta nueva versión de la geografía, no solo al poner al alcance de los científicos y escritores griegos un abanico de escenarios geográficos más amplio, sino también por el predominio de nuevas ideas y exigencias que tuvieron repercusiones en todos los saberes desarrollados en el mundo helenístico, también en la geografía.

⁸⁹ Cf. G. Cruz, «Estrabón y la tradición geográfica», en Estrabón, *Geografía de Iberia* (trad. De F. J. Gómez; Presentaciones, notas, comentarios, glosario y mapas de G. Cruz – M. V. García – F. J. Gómez), Madrid 2015, 51-56.

Promovidas por los nuevos monarcas helenísticos, se llevaron a cabo diversas exploraciones con el objetivo de conocer las áreas más alejadas de sus respectivos reinos. No obstante, el mayor salto cualitativo en los estudios sobre geografía se dará en Alejandría, al amparo de instituciones tan vanguardistas como el Museo o la Biblioteca, espacios que permitieron a los intelectuales alejandrinos acceder a una vasta cantidad de información, a la que hay que sumar la formación y el bagaje de cada uno de estos⁹⁰. Será en el seno de la Biblioteca de Alejandría, donde fluirá toda esta dinámica en la figura de su cuarto director: Eratóstenes de Cirene, a quien se ha considerado el iniciador de la disciplina de la geografía a través de su obra «Γεωγραφικά», publicada en el último tercio del siglo III a. C.

Fue Eratóstenes quien condujo divergentes corrientes de pensamiento y experiencias geográficas que se habían experimentado en los siglos anteriores, tales como inquietudes por el tamaño o la forma de la tierra o sus procesos formativos, para crear una nueva disciplina erudita. También él acuñó la terminología que acompañaría a partir de entonces a estas ideas: *γεωγραφία* y *γεωγράφος*, ambos derivados del verbo griego *γεωγραφέω*, que se traduce por «escribir respecto a la tierra»⁹¹. En esta nueva etapa que abre Eratóstenes para la geografía, la cual solo comenzará a cambiar con el advenimiento del nuevo régimen político instaurado por Augusto, debido a los tintes políticos que adquiere la ciencia, el principal aporte del geógrafo de Cirene, que tendrá vigencia y del que partirán gran parte de los geógrafos posteriores a él, será la elaboración de su famoso mapa, para cuya elaboración produjo su libro sobre geografía, hoy en día perdido, pero que gracias a los fragmentos recogidos y citados por otros autores se puede llegar a una reconstrucción de las temáticas que trataba en los tres libros de esta. En el primero de ellos refutaba la información geográfica que se aceptaba como verdadera desde tiempos de Homero, en el segundo presentaba los estudios y las fuentes recopiladas previas a la elaboración de su mapa, y en el tercero exponía la metodología empleada en la elaboración del mismo⁹².

Sentar los fundamentos de lo que debía consistir la ciencia geográfica no significaba que los escritores posteriores siguieran las opiniones de Eratóstenes. En este sentido, algunos geógrafos posteriores a él continuaron pensando que Homero era

⁹⁰ V. Tsiolis, *La geografía antigua*, Madrid 1997, 37-38.

⁹¹ D. W. Roller, *Eratosthenes' Geography*, Princeton 2010, 1.

⁹² Una descripción más detenida del contenido de la «Geografía» de Eratóstenes y del mapa que le acompañaría se recoge en A. I. Molina, *Geographica: ciencia del espacio y tradición narrativa de Homero a Cosmas Indicopleustes*, Murcia 2011, 190-197.

el primer geógrafo, y por tanto, sus textos irrefutables. Uno de los primeros, en reconsiderar la geografía homérica de nuevo fue Crates de Malos, una generación posterior a Eratóstenes y bibliotecario de la Biblioteca de Pérgamo, metodológicamente opuesta a la de Alejandría. La información al respecto la hallamos recogida en Estrabón, que le resta importancia y credibilidad al testimonio de Crates⁹³. Aprovechando la mención del periplo de Menelao que hace Crates, que lleva al mítico rey de Esparta hasta *Gades*, introduciremos también la materia correspondiente con este apartado del trabajo.

El siguiente autor remarcable que habla extensamente sobre la geografía de la Península Ibérica es Polibio, ya que no es un geógrafo propiamente dicho, sino que escribe una obra de historia que expone el expansionismo romano hasta el año 146 a.C., es decir, hasta la conclusión de la Tercera Guerra Púnica, y en la que Hispania es a menudo nombrada⁹⁴.

La suerte de Polibio, como ya hemos mencionado en el apartado dos, es que acompañó a Hispania a su amigo Escipión Emiliano durante el desarrollo de las Guerras Celtibéricas. De esta manera pudo obtener conocimiento de primera mano sobre la Meseta, que plasma en el libro XXXIV de sus *Historias*, en el que, por los fragmentos que han recogidos otros autores posteriores a él, se dedica a la descripción de diferentes áreas geográficas dedica los capítulos ocho y nueve de este libro a la Lusitania y al resto de Hispania, focalizándose en la Turdetania, respectivamente⁹⁵.

La presencia de Polibio al lado de su amigo Emiliano, que a lo largo de sus campañas se movió por la Celtiberia y luego viajó al norte de África, parece notarse en estos dos capítulos a los que acabamos de hacer referencia. A este respecto, cuando Polibio habla de la Lusitania habla de sucesos extraordinarios o sin gran nivel de detalle, como unos robles que nacen bajo el agua cuyas bellotas nutren a los atunes, o sobre la benignidad de los vientos que hace que tanto los hombres como los animales sean muy prolíficos⁹⁶. Al contrario, cuando describe algunos

⁹³ Str. I, 2, 31.

⁹⁴ Sobre el Polibio historiador véase J. Lens, «Historiografía helenística», en J. A. López (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid 2008, 925-932.

⁹⁵ M. Salinas, «De Polibio a Estrabón. Los celtas hispanos en la historiografía clásica», en M. A. Alonso – S. C. Ortiz – T. Garabito – M. E. Solovera (coords.), *Homenaje al profesor Montenegro: estudios de Historia Antigua*, Valladolid 1999, 194-195.

⁹⁶ En cuanto a los atunes que se alimentan de bellotas que nacen de robles crecidos bajo el agua, véase Plb., XXXIV, 8, 1-2. Sobre las bondades del viento de la Lusitania, cuya

emplazamientos muy específicos de Hispania, como el Heracleo de *Gades* o las minas de plata de *Carthago Nova*, lo hace con un nivel de detalle muy superior con el que describe la Lusitania, lo cual lleva a pensar que pudo visitar estas dos ciudades en su ruta hacia el norte de África, mientras acompañaba a Escipión Emiliano a pedir refuerzos al rey de Numidia Masinisa. Además, cuando habla de los pueblos que la habitan, como los turdetanos y los vacceos, lo hace sin ningún tipo de relato paradoxográfico, limitándose únicamente a ubicarlos en el espacio⁹⁷.

Estas y otras referencias geográficas hubieran podido ser un testimonio inestimable y muy preciso, si no fuera porque Polibio, al igual que Crates de Malos, se remontaba también a esta corriente que retrotraía el inicio del saber geográfico a Homero, razón que le hizo criticar los avances de los geógrafos alejandrinos y utilizar teorías científicas sobre la configuración del mundo que ya estaban sobrepasadas en su época⁹⁸.

Pero que criticara a estos geógrafos no quiere decir que no se sirviera de algunas herramientas de la metodología geográfica y cartográfica helenística que se utilizaban desde Eratóstenes, sino que las emplea adaptándolas a sus necesidades, a través de metáforas geométricas para describirnos un mapa, ya que su obra carecía de él, la identificación de territorios integrados dentro de estructuras homogéneas e identificables a partir de sus líneas y fronteras, que Polibio fija en hitos naturales como islas o penínsulas, o el papel esquemático que desempeñan en su obra las montañas y los ríos para diseñar los territorios del interior⁹⁹.

Unas pocas décadas posteriores a Polibio, el siguiente geógrafo en escribir sobre la Península Ibérica fue Artemidoro. Desarrolló su actividad en el siglo I a. C. y provenía de Éfeso. Fue autor de una obra dividida en once libros titulada *Γεωγραφούμενα*, redactada al estilo de un periplo, de la cual solo conservamos fragmentos recopilados en los extractos de Marciano¹⁰⁰.

benignidad favorece a los seres que la habitan, consúltese Plb., XXXIV, 8, 4.

⁹⁷ Sobre la fuente del Heracleo de *Gades*, Plb., XXXIV, 9, 5-7. Respecto a las minas de *Carthago Nova*, véase Plb., XXXIV, 9, 8-9. Finalmente, las breves descripciones que hace Polibio de los turdetanos y vacceos se hallan en Plb., XXXIV, 9, 2 y 13 respectivamente.

⁹⁸ J. Martínez, «Limitaciones del concepto de Iberia en Polibio», en *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos (20-25 de abril de 1976, Madrid)*, Madrid 1978, 805.

⁹⁹ Véase G. Cruz, «Polibio y la integración histórico-geográfica de la Península Ibérica», en G. Cruz – P. Le Roux – P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica, I: La época republicana*, Málaga – Madrid, 2006, 78-89.

¹⁰⁰ K. Brodersen, «Artemidorus (3)», en H. Cancik – H. Schneider (eds.), *Brill's new*

Si la obra de Artemidoro de Éfeso se hubiera conservado íntegra hasta nuestros días tendríamos una importantísima fuente para conocer el estado de los conocimientos respecto a la Hispania de finales del siglo II a. C. y primera mitad del siglo I a. C., puesto que el de Éfeso emprendió un viaje a Occidente alrededor del año 118 a. C.¹⁰¹. Pero el hallazgo en los años noventa de un papiro de más de dos metros y medio de longitud y que sobrepasa en algunos puntos los treinta y dos centímetros de altura, datado por el tipo de escritura entre los siglos I a. C. y I d. C., ya que recibió su contenido en varias fases, aumentó más nuestra colección sobre el texto de Artemidoro. Contiene parte de la obra perdida del autor, dispuesta en cinco columnas: las tres primeras son una reflexión sobre la tarea del geógrafo mientras que las otras dos son el comienzo de una descripción de Hispania¹⁰². El texto en cuestión se trata de una delimitación de los límites de la Península Ibérica y de las dos provincias que los romanos crearon en ella¹⁰³.

Si podemos considerar a Polibio como el testimonio más antiguo del que partir para poder tratar el proceso inicial de conquista de la Península Ibérica, Artemidoro constituye la consolidación de esta realidad en la que Roma se ha entrometido definitivamente en los asuntos de Hispania. En consecuencia los relatos sobre Iberia, ahora llamada ya Hispania, ya no pueden interpretar, al menos no tan literalmente, los hechos narrados en la venerada tradición que van perdiendo importancia a medida que los romanos se avanzan territorialmente hacia el oeste peninsular¹⁰⁴.

Del siguiente geógrafo, o más bien *πολυμαθής* ya que no solo cultivó la ciencia de la geografía, sino que también otras como la historia, las matemáticas, la física,

Pauly encyclopaedia of the Ancient World, 2, Leiden – Boston 2003, 59.

¹⁰¹ Sobre este viaje a Occidente y su posible fecha de datación véase L. Canfora, *El viaje de Artemidoro: vida y aventuras de un gran explorador de la Antigüedad*, Madrid 2010, 107-113.

¹⁰² Para una descripción más detallada del papiro, véase C. Gallazzi – B. Kramer, «Artemidoro en clase de dibujo. Un papiro con texto, mapa y dibujos de tiempo helenístico tardío», *El miliario extravagante* 72, 2000, 2-11.

¹⁰³ Más detalles del fragmento del Papiro de Artemidoro, incluyendo su transcripción, en B. Kramer, «La Península Ibérica en la Geografía de Artemidoro de Éfeso», en G. Cruz – P. Le Roux – P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica*, I: La época republicana, Malaga – Madrid, 2006, 99-105.

¹⁰⁴ E. Gangutia, «El nuevo papiro de Artemidoro y la interpretación arcaizante del geógrafo», en E. M. Calderón – A. Morales – M. Valverde (coords.), *Koinòs lógos: homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, 252.

etc., es Posidonio de Apamea, que vivió del 135 a. C. al 51 a. C. aproximadamente. Lo poco que conservamos de su obra, también lo hacemos en un estado fragmentario a través de otros autores. Este pensador se contextualiza dentro del estoicismo, y obtuvo gran parte de los conocimientos que caracterizan su saber universal a raíz de los viajes que emprendió hacia Occidente, con el objetivo de realizar investigaciones científicas¹⁰⁵. A raíz de esos viajes también visitó Hispania, objeto en el que nos detendremos para analizar la geografía de Posidonio sobre la Península Ibérica.

Sin embargo, desgraciadamente, para llegar a dilucidar parte de lo que escribió sobre Hispania, debemos recurrir a una fuente fundamental que es secundaria respecto a su obra, debido a que lo recoge con posterioridad. Esta fuente es Estrabón, gracias al cual podemos llegar a ver parte del pensamiento de Posidonio respecto a nuestra península, ya que fue el principal autor en el que se basó el geógrafo de Amasia, sirviéndole, además, como puente hacia el testimonio relevante de otros autores citados en su obra¹⁰⁶. Parece ser que Diodoro de Sicilia también empleó a Posidonio para documentarse, pero al contrario que Estrabón, no cita su nombre cuando extrae alguna información de él, por lo que aquí solo emplearemos las citas de Estrabón en las que claramente se alude a que es una información extraída de Posidonio.

En primer lugar, se ha conjeturado sobre la posible influencia de Posidonio en la división del tercer libro de la «Geografía» de Estrabón, aunque esta división refleja también la partición administrativa de Hispania realizada en época de Augusto¹⁰⁷. Posidonio escribiría sobre los pueblos del sudeste peninsular, sobre todo la Turdetania, aunque desgraciadamente Estrabón no cita a este respecto en cuanto a información obtenida de Posidonio, solamente una información en cuanto al Heracleo de *Gades*¹⁰⁸. No obstante, sí que menciona al geógrafo de Apamea para referirse a las áreas prerromanas que participaron en las guerras celtibera y lusitana, y a las riquezas mineras que abundan en determinadas zonas

¹⁰⁵ C. Mínguez, «La ciencia en el estoicismo: Posidonio de Apamea», *Thémata. Revista de filosofía* 17, 1996, 75 n.

¹⁰⁶ Véase F. J. Gómez, «Estrabón y su obra», en Estrabón, *Geografía de Iberia* (trad. de F. J. Gómez; Presentaciones, notas, comentarios, glosario y mapas de G. Cruz – M. V. García – F. J. Gómez), Madrid 2015, 38-45.

¹⁰⁷ Véase J. M. Alonso, «La Turdetania de Estrabón», en G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Málaga 1999, 109.

¹⁰⁸ Str., III, 5, 5.

de Hispania¹⁰⁹. Estas son citas para atestiguar la presencia de Posidonio en la tradición geográfica de la Península Ibérica, cuya visión estoica inspirará a otros autores posteriores para realizar sus referencias etnográficas de las regiones de Hispania.

El estoicismo de Posidonio sitúa a todos los hombres dentro de un orden natural universal, dentro del cual supone a los bárbaros actuando a la manera de la naturaleza. De este modo los bárbaros vivían en un *laissez faire* movidos por la naturaleza, hasta la llegada de los romanos¹¹⁰. Quizás a través de las citas de Estrabón no hayamos tenido mucha oportunidad para profundizar en la filosofía de Posidonio, pero haciendo una excepción a lo dicho al comienzo de este párrafo, mencionaremos un fragmento de Diodoro, que recoge la misma información que uno de Estrabón, que a su vez lo hace de Posidonio, para visualizar la idea de la concepción posidoniana respecto a los hombres¹¹¹. El texto de Diodoro expresa simplemente que en Iberia, antes de que los romanos llegaran con su codicia a extraer los minerales de la tierra, los particulares lo hacían con empeño y grandes beneficios que tenían a su alcance.

Asclepiades de Mirlea es el siguiente autor que en sus obras de geografía transmite informaciones en torno a la Península Ibérica. No conocemos mucho sobre su vida: originario de Mirlea, en Bitinia, fue un gramático que vivió entre los siglos II y I a. C. y pasó parte de su vida en Roma y en Hispania, razón esta última por la que es de especial interés en este trabajo. Entre sus obras se numeran tratados sobre gramática y sobre gramáticos, estudios exegéticos a la obra de Homero, monografías sobre la copa de Néstor y las Pléyades, e historias locales sobre Bitinia y la Turdetania¹¹².

Lo poco que conservamos de su obra es gracias a la referencias de Estrabón en su tercer libro de «Geografía». Por lo documentado por Estrabón para Asclepiades,

¹⁰⁹ Véase por ejemplo una mención a la Lusitania por parte de Posidonio en Str., III, 3, 3, en la que debate la teoría aristotélica del efecto de las mareas en la costa. Sobre los celtiberos consúltese Str., III, 4, 13. Finalmente una de las citas de Estrabón a la riqueza mineral de Hispania según la opinión de Posidonio en Str., III, 2, 9.

¹¹⁰ F. J. García, «La visión estoica de Iberia», en L. Hernández – L. Sagredo – J. M. Solana (coords.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua “La Península Ibérica hace 2000 años” (23-25 de noviembre del 2000, Valladolid)*, Valladolid 2002, 705.

¹¹¹ D. S., V, 36, 3.

¹¹² F. Montanari, «Asclepiades (8)», en H. Cancik – H. Schneider (eds.) *Brill's new Pauly encyclopaedia of the Ancient World*, 2, Leiden – Boston 2003, 98.

obtenido de su obra «Περιήγησις Τουρδητανίας», parece ser que el escritor de Mirlea se focalizó en los *νόστοι* de los héroes griegos que regresaron de la guerra de Troya y que fundaron algunas ciudades en el extremo Occidente, y en las opiniones todavía mitológicas sobre este pueblo de la depresión del Guadalquivir¹¹³. Es por ello por lo que los conocimientos geográficos de Asclepiádes no eran exactos, a pesar de haber visitado la parte más romanizada de Hispania. No se preocupó de dotar a su obra de una base sólida, por lo que esta tiene un carácter que podríamos considerar más literario que geográfico o etnográfico¹¹⁴.

De Diodoro de Sicilia hemos hecho mención dos párrafos más arriba y, aunque no se considera un geógrafo, sí que recopila en el libro V de su «Biblioteca histórica» varios testimonios sobre los celtíberos y las minas de Hispania que merecen ser catalogados como menciones geógrafo-etnográficas. Diodoro tiene cabida en este análisis sobre la tradición geográfica de la Península Ibérica porque recoge datos que proporcionan autores como probablemente Polibio o Posidonio, aunque, volvemos a repetir, no los cite en el texto, pero que gracias al contraste con el contenido de otras obras como la de Estrabón, se pueden encontrar ciertas similitudes que animan a pensar que pudo ser así.

Es importante que destaquemos que jamás estuvo en Hispania, por ello su característica de recopilador de datos de otros autores es fundamental. Escribió su obra a mediados del siglo I a. C. como una compilación de materiales que compuso según su gusto por la erudición superficial¹¹⁵. Su narración sobre la Península Ibérica es muy reducida, ya que no intenta hablar de todos los pueblos que la habitaron, sino que solamente lo hace de aquellos que participaron en las guerras celtibéricas y en la de Viriato, en los fragmentos V, 33 y 34, focalizándose sobre todo en el aspecto guerrero de estos grupos¹¹⁶. Al no viajar a Hispania, uno de los

¹¹³ Para observar una secuencia de las temáticas que trata Asclepiádes de Mirlea en lo rescatado de su obra por el tercer libro de Estrabón, véase F. Trotta, «Estrabón, el libro III y la tradición geográfica», en G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Málaga 1999, 95-98.

¹¹⁴ J. M. Alonso, «Les notices sur la péninsule ibérique chez Asclépiade de Myrlea», *L'antiquité classique* 47, 1978, 182-183.

¹¹⁵ J. Mangas – D. Plácido, *op. cit.*, 584-585.

¹¹⁶ Debido a la extensa longitud que podría adquirir el citar estos dos fragmentos de Diodoro en las notas de este trabajo, solamente haré referencia a algunos de los más destacados respecto a la actividad guerrera de los celtíberos y lusitanos. Sobre los primeros véase D. S., V, 33, 2-4. En cuanto a la belicosidad de los lusitanos, obsérvese D. S., V, 34,

grandes problemas que surgen respecto a la relevancia del texto de Diodoro son las fuentes que empleó, cuestión difícil de resolver. No obstante, se ha extendido la opinión general de que el principal autor que empleó Diodoro para no solo esos dos fragmentos, sino también para los 35 y 36 del libro V, fue Posidonio, al que acabamos de dedicarle unas líneas. Es una problemática difícil en la que prefiero todavía mostrarme cauto y seguir la opinión de Javier de Hoz, que tras analizar las distintas alternativas que pudo seguir Diodoro, concluye que todavía no estamos en condiciones de plantear una hipótesis sólida sobre las fuentes de Diodoro¹¹⁷.

Al continuar un orden cronológico en el análisis de los autores que escribieron sobre la Península Ibérica a lo largo de su proceso de conquista, debemos situar a Estrabón en el último lugar de este apartado, aunque sin duda alguna por relevancia en cuanto a la cantidad de datos transmitidos, se encuentra en la cima de todos los demás autores clásicos. Se trata de la fuente literaria más completa que nos ha legado la Antigüedad en el momento de transición entre lo prerromano y lo romano, siendo el primer estudio y descripción consciente que se realizó sobre la Península Ibérica, que todavía una buena parte de ella era inhóspita debido a las difíciles condiciones geográficas reinantes. Además, el norte se hallaba todavía al margen de las corrientes de civilización. No obstante, a pesar de zonas geográficamente dispersas, Hispania constituía ahora un territorio definido y mensurado, con vías de comunicación que ponían en contacto a sus diferentes regiones, con ciudades de nueva planta que hacían sustituir o anulaban a las anteriores, las cuales vivían en su mayor parte bajo los parámetros de la civilización romana¹¹⁸.

Estrabón es el canalizador de la tradición geográfica anterior a él y plasma la evolución de un pasado geográfico e histórico necesario para entender la situación de este territorio tras su entera conquista por parte de Roma¹¹⁹. La famosa obra de Estrabón a la que tantas veces hemos mencionado a lo largo de este trabajo toma, aparentemente, el aspecto de un manual utilitario con apariencia sistemática. Sin embargo, detrás de esta apariencia se ocultan ciertos rasgos que nos permiten

6-7.

¹¹⁷ Cf. J. J. De Hoz, «La etnografía de los pueblos de Iberia en Diodoro V 33-34 y el problema de sus fuentes», en M. Alganza (coord.), *Epieikeia: Studia graeca in memoriam de Jesús Lens Tuero = Homenaje al profesor Lens Tuero*, Granada 2000, 221-236.

¹¹⁸ F. J. Gómez, «Estrabón y la tradición mítica sobre el extremo Occidente», en G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Málaga 1999, 65-66.

¹¹⁹ Cf. G. Cruz, «Introducción. Estrabón y la Península Ibérica: una revisión obligada», en G. Cruz (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Málaga 1999, 8-14.

configurar la filiación ideológica del propio Estrabón y su concepción del Imperio y de las relaciones entre Roma y los pueblos sometidos¹²⁰, exaltando siempre las bondades de la presencia romana.

El libro III de la «Geografía» de Estrabón constituye el primer libro descriptivo de toda esta obra, tras los dos primeros que hacen las veces de prolegómenos. En su descripción de la ecúmene no es que comience por la tierra más occidental de todas, sino que además lo hace a partir del punto situado más al oeste de toda la tierra conocida; esto es el Promontorio Sagrado, identificado actualmente con el Cabo de San Vicente en Portugal¹²¹. Al tiempo que efectúa esta primera aproximación descriptiva, también realiza la división del territorio, marcada por la creación de recursos y las formas de dominio de Hispania tras la reforma administrativa de Augusto que la dividió en tres provincias¹²². A partir de este punto continúa describiendo las zonas de la Península Ibérica de oeste a este.

No deja de ser paradigmático que, a pesar de la variedad de pueblos y etnias que nombra Estrabón a lo largo de toda su descripción de Iberia, al inicio de esta dota a todo este territorio de una cierta unicidad, ya que diferencia perfectamente el territorio de las Galias con el de la propia Iberia, estando ambas regiones delimitadas y separadas por los Pirineos¹²³. Probablemente esta idea de la unicidad de Iberia no sea original de Estrabón, sino que se remonte a Posidonio o incluso a Eratóstenes o Polibio que como ya hemos visto, visitó Hispania y debió dar cuenta de esta diferenciación, que ya era conocida en Roma al menos desde la finalización de la guerra de Sertorio en el 72 a. C., porque Pompeyo a la conclusión de esta contienda, levantó un trofeo en los Pirineos en el que se mencionaba las ciudades que el general romano había subyugado¹²⁴. Aprovechando la mención a Posidonio introduciremos las fuentes empleadas por Estrabón para la composición de su libro sobre Iberia.

¹²⁰ D. Plácido, *op. cit.*, 244.

¹²¹ Str., III, 1, 4.

¹²² D. Plácido, *op. cit.*, 246.

¹²³ Str., III, 1, 3. Además en esta localización y delimitación de Iberia, podemos observar como la opinión generalizada a lo largo de toda la Antigüedad, que situaba a los Pirineos de norte a sur y no de oeste a este, como en realidad se localizan, está patente en el de Amasia, puesto que los hace corriendo en paralelo al lado occidental de la Península Ibérica.

¹²⁴ J. M. Blázquez, «La Hispania en época de Augusto vista por los escritores contemporáneos. Estrabón y Trogo Pompeyo», *Gerión* 24, 2006, 237-238.

Ya hemos mencionado a la gran mayoría de ellos cinco de seis a saber, Eratóstenes, Polibio, Artemidoro, Posidonio y Asclepiades. El sexto que enunciaría Estrabón sería Piteas, el expedicionario griego que por primera vez documentó relativamente bien su exploración por las costas atlánticas de Europa, posiblemente en el último cuarto del siglo IV a. C. Sin embargo, en el transcurso del libro III solo lo menciona una vez y es para criticar el testimonio sobre su viaje¹²⁵. Críticas aparte, sin duda alguna la principal fuente de Estrabón para el tercer libro de su «Geografía» es el sirio Posidonio, al que cita a lo largo de estas páginas que nada más y nada menos que en trece ocasiones¹²⁶.

Queda patente con este repaso a la tradición geográfica de la Península Ibérica durante su período de conquista (218 a. C.-19 a. C.), que las obras sobre geografía fueron un campo totalmente dominado por los autores de habla griega. Los escritores en lengua latina sobre temas geográficos, y particularmente sobre geografía de la Península Ibérica, se unieron tardíamente a la estela dejada por los griegos desde tiempos de Eratóstenes, pero que podemos remontar hasta el mismo Herodoto, en lo que se refiere a la geografía en general, obviamente.

Sí que es cierto que en terreno intelectual, el mérito geográfico es para los griegos, que no cabe ninguna duda que dominaron totalmente este ámbito, si bien ello no hubiera sido posible sin los avances territoriales romanos que permitieron a los autores en lengua helena abrir nuevos horizontes, los cuales no se alcanzaban desde tiempos de las grandes conquistas de Alejandro Magno. En este desarrollo de los conocimientos geográficos y etnográficos para Hispania, Grecia aportó la pluma a expensas de la espada romana.

5. Conclusión

Hispania pudo tener sus primeros contactos con Grecia en algún momento del siglo VII a. C., previo a la definitiva sedentarización de un contingente focéo en Ampurias en los albores del siglo VI a. C. En todo caso seguimos hablando de primeros contactos y no de descubrimiento. Para Roma es mucho más difícil hablar ya no del descubrimiento, sino incluso de los primeros contactos. Aunque

¹²⁵ Str., III, 4, 4.

¹²⁶ Sobre las fuentes literarias empleadas por Estrabón para el libro III de su obra, valga lo dicho en las líneas anteriores. Respecto a estas fuentes y otras en su obra completa véase J. De Churruca, «Fuentes de la “Geografía” de Estrabón», *Iura vasconiae* 5, 2008, 316-328.

el territorio de Iberia no fuese un descubrimiento en sí para Roma, sino una continuación de las informaciones que recogían los eruditos griegos en sus textos, sí que lo fueron, en mayor medida, la diversidad de etnias y pueblos que se iba encontrando a medida que avanzaba. Si bien esta última afirmación se podría matizar, ya que desde por lo menos la Primera Guerra Púnica, Cartago ya empleó mercenarios íberos que lucharon contra Roma y que, en consecuencia, los romanos pudieron atestiguar desde mediados del siglo III a.C.¹²⁷ Pero no todos los pueblos prerromanos que habitaban en Hispania antes de la llegada de Roma debieron ya ser registrados por Roma, sino que se fueron anotando y explicando en las fuentes a medida que la conquista romana avanzaba hacia el Oeste.

Por los testimonios literarios, solamente podemos señalar la fecha de aparición de cada grupo étnico en estas fuentes escritas, y no su datación de descubrimiento. Sin embargo, dependiendo del nivel de detalle con el que recojan los autores clásicos su descripción sobre estas gentes y el área que habitaban, nos podemos hacer una idea de alrededor de qué fechas entraron en contacto con Roma, por ello es importante establecer unas etapas de conocimiento como hemos hecho al inicio de este trabajo, para tener claro el nivel de profundización en el que se introducirán estos escritores a la hora de tratar los otros puntos que hemos analizado en los otros apartados del trabajo: mitos y geografía.

Como opinión general de estos dos aspectos, es que los escritores que los trataron a lo largo de sus obras, lo hicieron con la intención de acercar estos temas al público romano, o romanizado. Por esta razón, por ejemplo, los mitos autóctonos son tan deformados, llegando incluso a versiones de los mismos en los que el mito debe ser reconstruido a través de fragmentos de diversos autores, en el caso de que hubiera un mito real, puesto que hemos debido de recurrir a hipótesis para justificar la posible existencia del mito de las yeguas lusitanas que son fecundadas por el viento del Oeste, y el mito de las dos amantes de la Luna. A través de estas opiniones que construyen los escritores clásicos se fabrica una visión de la Península Ibérica, a la que se le añadirán más estereotipos a medida que avance la conquista, que se intensifican en los episodios de especial relevancia como en la encerrona de Galba a los lusitanos o la toma de Numancia.

Lo más objetivo que pudieron recoger nombres como Polibio, Posidonio, Artemidoro o Estrabón en sus obras fueron las descripciones geográficas que hicieron de las regiones que tratan en sus obras. Sin entrar en el nivel de fiabilidad y

¹²⁷ Plb., I, 17, 4.

precisión que pudieron conseguir dichos autores para la reconstrucción de la forma de la península o la localización de los pueblos, es tarea harto complicada desgajar el análisis del conocimiento geográfico en la Antigüedad del etnográfico, ya que no hay ningún autor en el lapso de tiempo en el que hemos encuadrado el trabajo, que no exprese su opinión sobre los grupos humanos que habitan en una determinada región; si la obra se trata de un texto historiográfico, esta empresa se complica al añadirse la historia a la narración y, por tanto, como un elemento más del que separar la geografía y la etnografía. Con ello no estoy criticando la obra geográfica de estos autores por ser «poco geográfica», pues en la tradición geográfica en la que hemos situado a estos escritores, y además en una época de plena ebullición de contactos entre los pueblos de la Península Ibérica y Roma, sería difícil no recoger datos sobre los habitantes de Hispania en una obra de carácter geográfico con territorios recién anexionados o con los que se han intensificado los contactos.

Si a lo largo de los doscientos años de literatura mitológica, etnográfica y geográfica que he recogido en este trabajo, la visualización de Hispania que plasmaron estos autores es una imagen deformada, en ocasiones, o llena de anécdotas, sucesos extraordinarios o tópicos sobre los pueblos que la habitaban, en gran medida, aparte de las distintas motivaciones ideológicas que pueden estar presentes en las obras de Polibio o Estrabón, también lo fue por los intereses y posibilidades que el público lector al que iban dirigidos estos relatos esperaban ver en ellos, no prestando tanta atención a las informaciones verídicas o científicas, quizás más acordes con autores como Eratóstenes o Posidonio, y sí más a los sucesos extraordinarios que ocurrían o que ocurrieron en una tierra que se encontraba alejada de Roma.

El conocimiento de Hispania durante su conquista (218 a. C.-19 a. C.): mitos y geografía

RESUMEN: Con el inicio de la Segunda Guerra Púnica, la Península Ibérica entró de lleno en los asuntos romanos. En relación con el avance que iban consiguiendo los distintos magistrados en Hispania tras la expulsión de los cartagineses, están los escritos que los autores, sobre todo de habla griega, nos dejaron sobre ella. Por ello, en primer lugar, haremos un recorrido por las fases de la conquista de Hispania, para poder esclarecer, del mismo modo, las etapas sobre el conocimiento que se tenía de la península, ya que ambos hechos están íntimamente ligados. A continuación ya indagaremos sobre los dos aspectos en los que hemos decidido centrar el trabajo: mitos y geografía. En el primero de ellos recogeremos tanto las tradiciones mitológicas grecorromanas relacionadas con nuestra península, como aquellas que se postulan como genuinamente indígenas, pero teniendo que recurrir igualmente a textos clásicos. En el apartado sobre geografía, realizaremos un recorrido cronológico sobre la tradición geógrafo-etnográfica de Hispania durante los dos siglos en los que tuvo lugar su conquista.

PALABRAS CLAVE: Hispania, conquista, mitos, geografía, Estrabón.

The knowledge of Hispania during its conquest (218 bC-19 bC): myths and geography

ABSTRACT: With the beginning of the Second Punic War, the Iberian Peninsula fully entered into Roman affairs. Regarding the advance of the various magistrates in Hispania were achieving after the Carthaginians' expulsion, we have the texts that specially the Greek ancient writers handed on about it. Therefore, firstly, we will look into the phases of the conquest of Hispania, to be able to clarify, in the same way, the stages of the knowledge they had about the peninsula, because both facts are intimately linked. Then we will investigate the two aspects on which we have decided to focus the work on: Myths and Geography. In the first of them, we will adress both the Greco-Roman mythological traditions related to our peninsula and those that postulate as genuinely indigenous, but also having to resort to classical texts. In the section on geography, we will make a chronological tour of the geography-ethnographic tradition about Hispania during the two centuries in which its conquest took place.

KEYWORDS: Hispania, conquest, myths, geography, Strabo.